

aproximarse la víctima rugían los animales del circo.

Precipitáronse á través de la puerta entreabierta, como las aguas detenidas á través de una esclusa.

En seguida comenzó la procesión, cada cual desfiló por delante de la bailarina, negligentemente recostada en su canapé, y le besó la mano.

Evitaremos á nuestros lectores, y sobre todo á nuestras lectoras, los insulsos cumplimientos que vinieron á estrellarse á los pies de la bella Rosa.

En el fondo, todos eran iguales; en la forma, aproximados: sois bella como los amores y habéis bailado como un ángel.

La bailarina les escuchaba poco más ó menos, como las divinidades á quienes nos dirigimos escuchan nuestras paces.

Su espíritu se cernía como ellas en las altas regiones, y no oía el zumbido de todas aquellas voces más que vagamente sin comprenderle y sin responder á él absolutamente, lo mismo que la rosa oye el zumbido de las abejas.

Á fuer de narradores concienzudos debemos decir, sin embargo, que bajo las dulces flores de la retórica de aquellos discursos que se le dirigían, y que no escuchaba ella, se ocultaba la serpiente de la envidia y los celos que de vez en cuando levantaba de en medio de las flores, deshojadas á los pies de la bailarina, su cabeza chata y silbadora.

Cosa extraña; no era aquel precioso nizzer arrojado en presencia de todos por las manos del indio; no aquel brazalete de diamantes ceñido á la muñeca de la joven, y que parecía agotarse lanzando llamas; no era aquel saco perfumado bajo su bordado de oro suspendido de la cintura de la bella bailarina como una escarcela; no era toda aquella riqueza visible lo que mordió el corazón de los adoradores de Rosa Engel.

No: era aquel ramillete de violetas que buscaban inútilmente entre los demás ramilletes tendidos y manifiestos sobre el canapé, sobre los sillones, sobre las consolas: aquel ramillete de violetas, cuyo suave perfume combatía con el olor penetrante del almizcle, y que había caído de una mano invisible. No era la mirada que Rosa de los ángeles (si se nos permite pronunciar en nuestra lengua el equivalente del nombre alemán de la bailarina); era la mirada que Rosa de los ángeles había dirigido al palco de donde había partido. Era la manera pronta, linda y alegre con que le había cogido para elevarle en seguida á la altura de sus labios.

Eran aquellos detalles fútiles en apariencia, que, sin embargo, habían sido vistos, observados y comentados de mil maneras diferentes, de cuyo resumen resultaba, que aquella reputación de virtud, que era el más bello florón de la corona de la joven, acababa de recibir en aquella noche el primer golpe, pero un golpe vigoroso.

Así que, después de haber pedido permiso para admirar el brazalete de diamantes rodeado al brazo de la bailarina, después de haber ponderado la riqueza de aquella piel de rata de almizcle, que en vida estaba lejos de presumir que había de ser bordada de perlas y oro después de muerta, el marqués de Himmel, uno de los más asiduos obsequiantes de la bella Rosa, se aventuró á preguntarle si tenía alguna idea del personaje misterioso que le había arrojado el ramillete.

Entonces, en voz baja y casi aparte, había dicho Rosa:

- Es mi confesor, marqués.
- ¿Cómo vuestro confesor?
- No el antiguo, el nuevo.
- No comprendo.

— Es, sin embargo, muy sencillo, y más sencillo aún para vos, que para ningún otro: vos sois quien habéis divulgado mi resolución de retirarme á un convento. La verdad, habiendo concluido esta noche mi contrata y comenzando mañana mi noviciado, no podéis censurar que mi nuevo director haya tenido curiosidad de conocer á su novicia lo más pronto posible.

El viejo conde de Aspern, que no había oído la respuesta de Rosa, le había hecho la misma pregunta, y ésta le había dicho á media voz:

— Conde, os puedo decir la verdad, puesto que vos sois el que habéis corrido la voz de que voy á casarme; y sea dicho de paso, no sé por qué me deservís hasta ese punto, cuando tengo más debilidad para con vos que para con ninguno de estos señores aquí presentes. Pues bien, conde, es el ramillete de mi novio; la rosa blanca es el símbolo de mi virtud, y la violeta el de su discreción. Respirad las violetas, conde, y tratad de conservar su perfume.

En fin, un agregado á la embajada rusa, el joven conde de Gersthoff, habiendo preguntado á su vez el secreto del ramillete, le había mirado Rosa de frente, diciéndole en voz alta:

— ¡ Ah ! ¡ ah ! conde, ¿ me hacéis con seriedad esa pregunta ?

— Sin duda, había respondido el conde.

— Eso es decirme que queréis poner á estos caballeros al corriente del secreto de nuestros pequeños arreglos particulares.

— No os comprendo, había respondido el dandy moscovita.

— Señores, el hecho es el siguiente: ¿ Sabéis que se me

han hecho proposiciones para el Teatro Imperial de San Petersburgo ?

Unos respondieron que sí y otros que no.

— Pues bien, el señor conde ha sido el encargado de transmitirme esas proposiciones, y él quien, para determinarme á aceptar una contrata, por otra parte de las más ventajosas, ha añadido la oferta de su corazón, diciéndome al ver que aun no estaba decidida á aceptar ni una cosa ni otra:

— Si aceptáis, bella Rosa Engel, el más modesto de los ramilletes que se os arrojarán esta noche, haréis de mí el más feliz de los hombres, porque será la prueba de que venís á San Petersburgo, y que me permitis acompañaros allá.

Y en verdad, decidida á aceptar, si no las dos ofertas, al menos una (dejo á la modestia del señor conde adivinar cuál), he recogido el ramillete de violetas, teniéndole por el más modesto de los ramilletes que se me habían arrojado.

— Así que, ¿ partís para San Petersburgo ? exclamaron muchas voces.

— Si no parto para la India, donde quiere llevarme Rundjet-Sing para su teatro real de Lahore, como podéis verlo, señores, por las arras magnificas que me ha enviado esta noche su embajador.

— ¿ De modo que vuestra escritura?... preguntó el marqués de Himmez.

— Está aquí, dijo Rosa, en esta piel de rata de almizele. No os la enseño, porque está en indio. Pero mañana la mandaré traducir, y si es tal como debo esperar, cito á aquellos de mis adoradores que no teman dejar á Viena por mi para las orillas del Sind ó del Penjab.

Y en verdad, continuó la bella Rosa levantándose, como de aquí á San Petersburgo hay ochocientas leguas y cuatro mil de aquí á Lahore, y en cualquiera de los dos puntos que se fije mi elección, no tengo tiempo que perder, me permitiréis, caballeros, que me despida de vosotros, haciéndoos la promesa, bien sincera por cierto, de no olvidar nunca las bondades de que me habéis colmado.

Y la bailarina, con una sonrisa encantadora, con una reverencia de nunca irreprochable exactitud coreográfica, se despidió de la ilustre y galante asamblea que, queriendo gozar de su presencia hasta el último instante, la acompañó hasta la plaza del teatro, donde la esperaba su carruaje.

Saltó en él con la ligereza de un abejaruco que vuelve á entrar en su jaula, y en el momento en que el cochero soltó las riendas á los caballos impacientes, se quitaron de repente y á un mismo tiempo, como si una tromba hubiera pasado por allí, todos los sombreros en señal de despedida.

Dejemos el carruaje de la joven internarse en Augustinergass, Krugerstrass y detenerse en Seiterstadt, donde estaba situada su casa.

CAPÍTULO IV.

HISTORIA DE UN NIÑO.

El espectador, que al salir del Teatro Imperial, con la imaginación inflamada por el espectáculo mágico que había tenido durante una hora delante de los ojos, hubiera te-

mido volver á entrar en su casa, por temor de recobrar, á la vista de objetos conocidos, el sentimiento de la vida real que había olvidado por un instante; ese espectador, para continuar á través de la naturaleza poética y vaporosa de la alta Alemania, el cuento de las *Mil y una noches*, comenzado en el teatro, no hubiera dejado, en vez de emprender el camino de su casa, de atravesar la plaza de la Parada, é internándose en el barrio de Mariahulf, andar á la claridad de la luna la gran calle que conduce al castillo de Schoenbrunn, á fin de contemplar á su sabor, una vez colocado sobre una de las montañas que dominan el castillo, el maravilloso panorama que se hubiera desarrollado á su presencia.

Sin embargo, tal vez antes de llegar á la aldea de Meidling, se hubiera detenido, viendo á una de las ventanas del ala izquierda del castillo de Schoenbrunn un joven, ó más bien un niño de diez y seis años, que con los codos apoyados en el marco de la ventana, el rostro iluminado por la luna, y tan pálido como ella, parecía contemplar aquel espléndido espectáculo que nuestro espectador hubiera venido á buscar.

En efecto, de la ventana en que estaba colocado, podía ver, á través de la atmósfera transparente de aquella noche luminosa como una noche de primavera, delante y debajo de él á Viena, con todos sus edificios, sus campanarios, sus altas torres, á las que domina la flecha elegante y gigantesca de su magnífica basilica, y como contrasta la ciudad, aún iluminada por los últimos fuegos en la parte de dentro, pero vigorosamente sombreada por fuera por sus vastas y negras murallas.

Después, más allá de la ciudad, el gigante Danubio, que después de haber tomado bajo uno de sus brazos la isla

de Lobau, continúa su camino y va á perderse en el horizonte, en las célebres llanuras de Aspern, de Essling y Wagram.

Por el lado opuesto hubiera podido ver, como contraste del cuadro, la inmensa pradera rodeada de colinas, de donde se escapan abundantes aguas, cayendo en cascadas en lagos transparentes, y á las que altos árboles seculares, como centinelas vigilantes, parece que prohíben el acercarse; en fin, mirando más atentamente aún, hubiera sin duda notado á través de las brumas vaporosas de aquella noche, el horizonte de las colinas cubiertas de florestas, que van saltando, como un rebaño de búfalos espantados, á trepar hasta las más elevadas cimas de los Alpes.

Pero no era ni el espectáculo de Viena, medio dormida en su oposición de luces y sombras, ni los lagos transparentes, ni las saltadoras cascadas, ni los brumosos horizontes, ni las montañas sombrías, lo que aquel niño miraba.

No: sus ojos, fijos debajo de sí, registraban el camino que va de Schönbrunn á Viena, y el oído atento sin aparentar fijar la atención en las brisas heladas de una fría noche de febrero, escuchaba atentamente los menores rumores que venían del lado de la ciudad; y más de una vez, el chasquido de una rama de un árbol, el rechinar de una veleta ó el crujir de las últimas puertas del castillo, que se cerraban, le hicieron estremecer.

Por lo demás, al espectador, colocado debajo de él y mirándole vestido con su traje blanco de coronel austriaco, con sus largos cabellos rubios, rizados y flotando á merced del viento, le hubiera chocado la belleza melancólica de aquel joven, que en aquella actitud pensativa, parecía, ó un amante aguardando la hora de su primera cita, ó un

joven poeta pidiendo al silencio y á la noche la inspiración de sus primeros versos.

Digamos en seguida que el joven de los cabellos rubios, rostro melancólico y traje blanco, era el mismo que, aunque asistió á la representación, habíale buscado tanto y tan inútilmente los dos indios durante aquella larga velada que acababan de pasar en el Teatro Imperial.

Dicho esto, ya se sabe que no es un poeta que busca en las estrellas el secreto de la creación que se tiene delante de los ojos, sino simplemente un enamorado que sigue con su móvil mirada la parte del camino, iluminada por la luna, que va de Schönbrunn á Seiterstadt como una cinta de satén blanco, destinada á guiar hasta él los pasos de la bella bailarina.

Durante un momento, sea que se hubiese cansado de estar en la misma postura, sea que creyese oír un ruido lejano, se enderezó, y entonces apareció en toda su estatura, que era en efecto demasiado alta para su corpulencia, y delgado y flexible como un álamo, motivaba suficientemente las inquietudes que respecto á su salud había expresado el general indio.

Ahora, nuestros lectores desearán conocer respecto á este niño en pie á la ventana, ciertos detalles ignorados, que nuestra fidelidad de historiadores nos ha obligado á recoger, y que tal vez no estén del todo mal colocados aquí. Pues bien, vamos á darles esos detalles en pocas palabras.

Una estrofa del gran poeta Víctor Hugo nos dirá desde luego más que veinte páginas de Mr. Montbel, sobre los principios de aquella vida tan corta, que pertenece mucho más á la poesía que á la historia.

Cerniase, tocando al firmamento,
el águila una tarde;

y las dos alas, de que hiciera alarde,
rompió fuerte ráfaga de viento.
Su caída en el aire hizo una huella,
como pudiera hacerla una centella.
Todos entonces, llenos de alegría,
sobre el nido cayeron,
y la presa entre sí se dividieron,
según que dientes cada cual tenía.
El águila cogióla la Inglaterra:
Austria en sus jaulas al polluelo encierra.

El polluelo del águila fué enjaulado en el castillo imperial de Schönbrunn, situado, como creemos haber dicho ya, á legua y media poco más ó menos de la capital de Austria.

Allí creció, con el espléndido espectáculo que hemos descrito, delante de los ojos. Creció bajo la sombra de aquel magnífico jardín que conduce al pabellón de la gloria, y cuyos baños, mármoles y estufas, hubieran podido recordarle el parque de Versalles, mientras que los jabalíes, ciervas, ciervos, gamos y corzos, cruzándose en todas direcciones, hubieran podido darle una idea de los de Saint-Cloud y Fontainebleau.

Creció, viendo irradiar al sol las encantadoras aldeas de Meidhing, de Grumberg y de Hietsing, semejantes á grupos de casas de campo sembradas en torno del palacio; balbuceó con esfuerzo estos nombres desconocidos, y concluyó por aprenderlos á medida que olvidó los de Meudón, Sevres y Bellevue.

Y sin embargo, el pobre niño desterrado tenía profundos y luminosos recuerdos, que pasaban por delante de él como relámpagos.

Acordábase, por ejemplo, que á pesar de ser niño, su nombre era Napoleón, y su título rey de Roma.

Pero desde el 22 de Julio de 1818 su nombre fué Frantz, su título duque de Reichstadt.

— ¿Por qué me llaman Frantz? preguntó un día el niño á su abuelo el emperador de Austria, que le hacía saltar sobre sus rodillas; ; yo creía que me llamaba Napoleón!

La pregunta era precisa, la respuesta embarazosa.

El emperador reflexionó un instante, y en seguida dijo:

— No se os llama ya Napoleón, por la misma razón que ya no se os llama rey de Roma.

El niño pareció á su vez reflexionar un momento; pero sin duda la respuesta no le pareció satisfactoria, porque á su vez replicó:

— ¿Pero entonces, abuelo por qué no me llaman ya rey de Roma?

Hallóse el abuelo aún más embarazado con esta segunda pregunta que con la primera. Pensó sin duda en esquivarla como había hecho con la otra; pero reflexionando que sería mejor convencer á su nieto con un gran razonamiento, á fin de que no volviese á hablar de ello, dijo:

— Sabéis, hijo mío, que á mi título de emperador de Austria, está unido el de rey de Jerusalén, sin que tenga autoridad alguna sobre esa ciudad, que está en poder de los turcos.

— Sí, dijo el niño siguiendo con toda la atención de que era capaz, el razonamiento de Francisco II.

— Pues bien, repuso el emperador, sois rey de Roma, mi querido Frantz, absolutamente lo mismo que yo soy rey de Jerusalén.

Sea que el niño no comprendiese de todo punto la explicación, sea que la comprendiese demasiado, bajó la cabeza, guardó silencio, y nunca volvió á hablar de aquel asunto.

Por lo demás, niño, y todo, ; porque sólo Dios lo sabe!

por intuición, por el ángel de sus primeros años, tal vez que conversase con él en el silencio de las noches, tenía alguna reminiscencia de la gloria y las desgracias de su padre.

Un día, el famoso príncipe de Ligne, uno de los caballeros más bravos y de más talento del siglo XVIII, vino á hacer una visita á la emperatriz Maria Luisa, entonces al lado de su hijo en el castillo de Schenbrunn.

Se le anunció delante del niño, con el título de
« El señor mariscal, príncipe de Ligne. »

— ¿Es un mariscal? preguntó el niño á su aya Mad. de Montesquieu.

— Si, monseñor.

— ¿Es uno de los que vendieron á mi padre?

Se le dijo que no, y que al contrario, el príncipe era un bravo y leal soldado.

Así que, profesó grande amistad al viejo mariscal.

Un día le contaba (se entiende, que siendo niño) cuánto le había chocado la pompa militar que había escoltado el convoy del general Delmótte; y el placer que había experimentado en ver desfilar tantas hermosas tropas.

— En ese caso, monseñor, le respondió el príncipe, os daré pronto una satisfacción mucho más grande, porque el entierro de un feldmariscal es lo más magnífico que en este género puede verse.

Y en efecto, el príncipe cumplió su palabra. Cinco ó seis meses después dió al niño imperial el espectáculo espléndido de diez mil hombres de tropas, con todos sus equipajes de guerra, escoltando el féretro de un feldmariscal.

Hacia la misma época, la princesa Carolina de Fürstemberg, con algunas otras personas, hablaba en presencia del

Joven duque de Reichstadt de los acontecimientos y las reputaciones del siglo. Se había olvidado de que estaba él allí, ó tal vez creía poder decirlo todo delante de un niño de seis años.

El general Sommariva nombró entonces tres ilustres personajes, que citó como los mayores capitanes de la época.

De repente el niño, que había escuchado la enumeración, pensativo y con la cabeza baja levantó la frente, é interrumpiendo al general:

— Yo conocía otro que no habéis nombrado, señor general, dijo.

— ¿Cuál, monseñor, preguntó el general atónito:

— Mi padre, exclamó el niño con fuerza.

— Y huyó rápidamente.

El general Sommariva corrió en pos de él, le alcanzó y se lo volvió á llevar.

— Habéis tenido razón, monseñor, en hablar como lo habéis hecho de vuestro padre, pero habéis hecho mal en huir.

Á pesar del título de duque de Reichstadt que se le había impuesto, á pesar de la comparación ingeniosa sobre aquel reino de Jerusalén y de Roma, que le había hecho su abuelo, el niño no había olvidado los esplendores de su cuna.

Un día, en una reunión de la familia imperial, uno de los archiduques le mostró una de aquellas pequeñas medallas de oro que se habían acuñado con motivo de su nacimiento, y que se distribuyeron al pueblo después de la ceremonia de su bautismo.

Su busto estaba representado en ellas.

— ¿Sabes á quién representa esta medalla, Reichstadt? preguntó el archiduque.

— Á mí, respondió sin vacilar el niño, en el tiempo en que yo era rey de Roma.

Á la edad de cinco años, edad á la que principia la educación de los príncipes de la casa de Austria, principió la educación del hijo de Napoleón.

El conde Mauricio de Dietrischtein tenia la dirección superior de ella; y bajo él el capitán Foresti para las cosas de guerra, y el poeta Collin, hermano de Enrique Collin, autor de las tragedias *Régulo* y *Coriolano*, autor él mismo de una tragedia, *el conde de Essex*, seguía los pormenores de la misma.

Á los cinco años, el joven duque hablaba francés como un parisiense, y esto con el acento de los habitantes de la capital.

Se pensó en enseñarle el alemán.

La lucha fué larga, y el encarnizamiento que opuso al estudio de esta lengua es aún hoy proverbial en Austria.

Se había creído oportuno demostrarle por todos los razonamientos imaginables, el interés que tenia en hablar la lengua de un país que en adelante debía mirar como su patria; pero el niño resistía con todas sus fuerzas y se obstinaba en no hablar más que francés ó italiano.

Para vencer aquella obstinación, fué preciso prometer al niño que el alemán nunca sería para él más que una lengua de lujo, y que continuaría hablando francés.

Su carácter, ya bastante cortado en aquella época, era una mezcla de bondad y de orgullo, de firmeza y de razón.

Tenaz por naturaleza, comenzaba por oponer á toda idea que no le era familiar, una viva resistencia, de que sólo por el razonamiento se separaba.

Bueno naturalmente para con sus inferiores, tierno para

con sus maestros, su ternura y su bondad eran interiores; era preciso adivinarlas ocultas en el fondo de su corazón, irias á buscar como el buzo va á buscar la perla.

Tenia el amor á la verdad absoluta elevado has el fanatismo; pero detestaba los cuentos y las fábulas.

— Puesto que eso no ha sucedido, decía, no es bueno para nada.

No era esa la opinión de su profesor Collin, que en su cualidad de poeta, vivía, por el contrario, en el mundo de los ensueños.

Así que, intentó sobreponerse á la repugnancia del niño, á no aceptar por verdadero más que lo que absolutamente lo era.

Creó haber encontrado un medio.

Partió con el joven príncipe, con el proyecto decidido de dar un largo paseo, y los dos llegaron á las montañas llenas de verdura que dominan á Schoenbrunn.

Llegados allí, hicieron alto por un instante, y volviendo á emprender su correría, se internaron en el fondo de un valle estrecho y umbroso, donde se encuentra un recinto, que separado enteramente de la vista de Viena y de las vastas llanuras del Danubio por árboles copudos, no tiene por horizonte más que las montañas que van elevándose por grados, como un anfiteatro gigantesco hasta las cimas de Schneeberg.

En aquel paraje se elevaba una cabaña solitaria, aislada, construida en armonía con las montañas que la rodean en la forma de una chocilla tirolesa, y que á causa de aquella semejanza se llama *Tiroler-Haus*.

Allí, en aquel paraje separado del resto del mundo por montañas, barrancos y florestas; allí, después de haber hecho comprender á su discípulo las bellezas de aquel sitio

pintoresco y haber intentado manifestarle la grandeza de la naturaleza salvaje y solitaria, le refirió de repente, sin decirle si era verdadera ó falsa, la maravillosa historia de Robinsón Crusóe, la que hirió tan profundamente el ánimo del niño, ó más bien despertó su imaginación aún dormida, que por un instante se creyó en un desierto, y propuso por sí mismo á su profesor, que intentasen fabricar los instrumentos precisos para las primeras necesidades de la vida, y que con aquellos instrumentos, bien ó mal fabricados, abrirían reunidos, en menos de quince días, á ejemplo del náufrago Crusóe, una gruta, que aun hoy se enseña á los viajeros como la obra del hijo de Napoleón, y que sólo se designa con el nombre de *la gruta de Robinsón Crusóe*.

Á la edad de ocho años debió el príncipe comenzar el estudio de las lenguas antiguas; esta fué la prueba más difícil que tuvo que soportar su profesor Collin, porque el niño manifestaba la más profunda repugnancia por el griego y el latín.

Toda su inteligencia se inclinaba instintivamente hacia las únicas ciencias relativas al arte militar.

Sin embargo, en 1824 aquella repugnancia estaba vencida.

Murió Collin, y el señor barón de Obenhaus, su sucesor, puso en manos del joven á Tácito y Horacio.

Pero habiendo oído comparar á su padre á César, el joven duque abandonó completamente la lectura del historiador y del poeta por la del capitán, y los comentarios de César fueron su lectura favorita.

Todo esto era historia antigua, y la dificultad era hacer abordar á semejante discípulo la historia moderna, es decir, el estudio de lo que había precedido, engendrado y seguido á la revolución.

Confióse este cuidado á Mr. de Metternich.

Lo que el hábil diplomático refirió á su discípulo, lo que descubrió, lo que dejó oculto de aquella prodigiosa historia, es un misterio para nosotros.

No se atrevió á ocultárselo todo, pero no pudo decirselo todo: vió y tocó todo lo que estaba demasiado cerca de él para poder ocultarse á sus miradas; pero por lo demás, sólo entrevió vagos horizontes, y su mirada no penetró en ciertas profundidades, más que como la vista penetra en un precipicio á la luz de un relámpago.

Pero aquella tenacidad del duque de Reichstadt, que le reducía siempre hacia un mismo objeto; aquella adoración religiosa que profesaba á la memoria de su padre, todo esto, por hábil que fuese el profesor político, erizaba de dificultades la tarea que se había impuesto Mr. de Metternich.

Así que, desde que circularon en la corte los primeros rumores de aquella pasión naciente del joven duque por la bella Rosa Engel, se había dado orden de cerrar completamente los ojos, respecto á aquel pequeño capricho del joven, capricho que podía proporcionar alguna distracción á aquel espíritu, que no deseaba ni apetecía más que las cosas que para su felicidad hubiera debido ignorar.

Sólo, que lo que se había creído que se limitaría á un capricho, había tomado las proporciones que tomaban todas las cosas en las que se fijaba aquel espíritu ardiente y voluntarioso. El capricho se había tornado en una pasión.

Esto hacia que á la una de la mañana, en una fría noche de Febrero, el joven príncipe aguardase á la bella bailarina, no en la caliente atmósfera de su dormitorio detrás de las espesas cortinas de brocado, ni al vidrio tibio de la ventana, sino fuera, fijo de codos sobre el balcón, descu-

bierta la cabeza y tosiendo tan profunda y tan dolorosamente, que á veces, bajo la sacudida de aquella tos, todo el cuerpo delgado y alto del joven se balanceaba como un álamo sacudido por el vigoroso brazo de un leñador.

¡ Ay! el leñador que comenzaba á sacudir al débil árbol imperial, era la muerte, que cinco años después debía abatirle tan lejos de la grande y robusta encina que había cubierto el mundo con su sombra.

Hé aquí por qué puesta la mano sobre el pecho, el pobre condenado del destino, se había enderezado un instante en toda la elevación de su talla.

Aquel movimiento tal vez había producido en él un ruido sordo como un trueno lejano, que parecía venir acercándose de Viena á Schœbrunn, y que para las imaginaciones tranquilas, no era otra cosa que el ruido de un carruaje.

Pronto no le quedó ya duda, porque al ruido del rodar, que iba acercándose siempre, se unió la doble llama de dos faroles que parecían volar sobre el camino, más rápidos que los fuegos fatuos que corren por la superficie de los estanques.

Herido á la vez en dos de sus sentidos, el oído y la vista, y tal vez aun mejor prevenido por esos presentimientos que estremecen en los corazones jóvenes, el príncipe no pareció conservar ya ninguna duda, y saltando como un escolar, palmoteando como un niño, exclamó muchas veces como si hubiese confiado su felicidad á alguno, y en aquella lengua francesa, única cosa que había conservado de la Francia:

— ¡ Es ella! ¡ bendito sea Dios! ¡ es ella!

CAPÍTULO V.

JULIETA EN CASA DE ROMEO.

Hubiérase podido creer por un instante, que el joven se había equivocado, y que el carruaje no se detenía en el castillo.

En efecto, llegando rápidamente por el camino de Hetsing, costó las faldas y desapareció por el lado de Meidling.

Pero sin duda el príncipe no fué juguete de aquella afectada indiferencia, porque cerrando rápidamente la ventana que daba al camino, atravesó su salón y su dormitorio, que había sido el del emperador su padre en 1809, y fué á colocar su frente (que había pasado de la más extrema palidez al más vivo encarnado) al vidrio de un pequeño retrete que daba á los jardines.

Había unos diez minutos que estaba allí, cuando se abrió la puerta del jardín privado del emperador, y vió á la claridad de la luna dos personas que se acercaban al palacio y desaparecían bajo la bóveda en que se abre la escalera secreta.

Sin duda aquellas dos personas, por más que vistiesen trajes pertenecientes á las clases inferiores de la sociedad, eran las que el príncipe aguardaba; porque aquella vez, como había ya hecho á la llegada del carruaje, dejando la ventana del salón por la del retrete, dejó la ventana del retrete por correr á la puerta de la escalera.

Llegado allí, colocó su oído á la puerta, y escuchó atentamente.

Pasaron algunos segundos, durante los cuales permaneció en la inmovilidad más completa, semejante á la estatua de la Espera; después se animó su semblante con una encantadora sonrisa, oía el ruido de un paso ligero que subía la escalera, y sin duda reconoció tan bien aquel paso, que no aguardó á que el paso llegase á los últimos escalones, y abriendo vivamente la puerta, extendió gritando; Rosa! ; querida Rosa! dos brazos, en los que vino á arrojar una mujer vestida con el traje pintoresco de las jóvenes del Tirol.

Á pesar de su cambio de traje, era la linda beneficiada que hemos visto aparecer, semejante á una hada sobre la escena del Teatro Imperial de Viena, que de la escena hemos seguido á su cuarto, y que en su cuarto la hemos visto en medio de sus cortesanos, y tomar al trote largo de sus caballos el camino de Seiterstadt, donde estaba situada su casa.

Pero no era para descansar de las fatigas de la velada, para lo que la bella bailarina había entrado en su casa; porque apenas llegada á su cuarto de tocador, como si la multitud que acababa de aplaudirla en el teatro la aguardase aún, y que apremiada por un cambio, temiese no llegar á tiempo para salir á la escena, la bella Rosa habíase quitado instantáneamente su bata de cachemira, y con ayuda de su doncella se había puesto, no menos prontamente, un adorable traje de aldeana tirolesa, después de lo cual, hablando y todo, había pasado las dos habitaciones que la separaban de la escalera secreta, tomando aquel camino por temor de ser vista, y salía por la plaza, por alguno de sus adoradores, que más persistentes que los

otros, se hubiesen establecido de plantón delante de su casa, y que viéndola salir á aquella hora no hubieran dejado de seguirla para saber adónde iba.

Digamos que su temor era fundado, y que dos ó tres carruajes estaban parados bajo las ventanas de su casa.

Pero cuidadosa de la dicha de sus cortesanos, Rosa Engel había llevado la precaución al extremo de alumbrar su dormitorio, cuyas ventanas daban á la calle, de modo que los más helados, gracias á aquel poder de imaginación que sólo pertenece á los enamorados, podían olvidar el frío y calentarse á los rayos que penetraban á través de los vidrios y los intersticios de las cortinas mal corridas.

Á algunos pasos de una puerta trasera que daba á una callejuela, aguardaba el carruaje de Rosa, que saltó en él ligeramente, y el cochero, que tenía sus instrucciones, partió al trote largo de sus caballos.

En el carruaje estaba preparado un abrigo, en el que se envolvió la joven, haciéndose un ovillo, como un pájaro en el algodón de su nido. Sabemos cómo aquel carruaje tan esperado había llegado á vista del castillo de Schoenbrunn, y cómo sin detenerse había dado la vuelta hacia el lado de Meidling.

Á cien pasos de una pequeña casa habitada por el jardinero mayor del palacio, se había detenido; pero por rápidamente que pasase, la puerta de aquella casa se había abierto al ruido de sus ruedas, y una cabeza había pasado á través de aquella puerta.

Apresurémonos á decir, que aquella cabeza no era, como se hubiera podido temer, la de un espía que espíase á los dos jóvenes para denunciarlos, sino la de un servidor que aguardaba á los dos amantes para servirles en sus amores.

Saltó la joven ligeramente del carruaje al camino, franqueó ligera y silenciosa como un ave nocturna el espacio que la separaba de la casa, y se lanzó en ella por la puerta que á medida que se acercaba, se abría como por un resorte, y que como por un resorte se volvió á cerrar detrás de ella en el momento que pasó el umbral.

— ¡ Pronto, pronto, mi querido Hans, dijo en alemán al que la esperaba ; he tardado, es más tarde que de costumbre, el príncipe debe impacientarse, despachemos, despachemos !

Y arrojaba á un lado su abrigo, é impelia por el brazo al grueso y cachazudo alemán, que no comprendía una palabra de aquella furia, mitad francesa, mitad española.

— Pero, señorita, dijo el alemán, mirad que vais á tener frío.

— Por lo pronto, mi querido Hans, recordad esto, y es, que yo no soy *señorita*, soy *vuestra sobrina*, lo que os explicará que no puedo confiar á vuestro brazo una pelisa de zorra azul. Además, soy bailarina, y no cantante, por lo que me importa poco constiparme ; pero lo que me importa muchísimo es, no hacer aguardar al príncipe, que podría resfriarse él mismo. Coged pues las llaves de todas vuestras puertas, de todas vuestras rejas, y venid, mi querido tío.

Soltó Hans una carcajada, tomó sus llaves y marchó delante.

Apoiada Rosa en el brazo de *su tío*, pasó rápidamente el jardín inglés del emperador, y entró en el parque.

Este es el momento en que después de haberla perdido de vista un instante, el joven duque la había vuelto á encontrar, y había corrido de la ventana del salón á la puerta de la escalera.

Maese Hans, en su calidad de jardinero mayor de pala-

cio, tenía franca entrada, no sólo en los parques, cuyas llaves le estaban confiadas, sino también en palacio.

Nunca centinela alguno había tenido la idea de cruzar su bayoneta delante de maese Hans, y una vez cogida de su brazo, gozaba naturalmente su sobrina de los privilegios concedidos al tío.

Hé aquí cómo la bella Rosa Engel había llegado hasta la habitación del duque, donde era tan impacientemente esperada, y á la que arrastraron rápidamente los brazos que se habían abierto á su llegada, dejando á Hans, que subía con el paso grave que conviene á un jardinero mayor de un parque imperial austriaco, el cuidado de cerrar la puerta y establecerse en la antecámara, como Dios le diese á entender.

Los dos hermosos jóvenes, siempre enlazados y girando sobre sí mismos como dos bailarines de vals, embriagados con el baile ó con el amor, fueron á caer sobre un gran sofá que ocupaba el espacio que había entre las dos ventanas del dormitorio del príncipe.

Sólo que el joven cayó pálido y sofocado por la emoción, mientras que la joven seguía el mismo movimiento, pero anhelante de felicidad y llena de vida.

Á la luz de los candelabros que ardían sobre la chimenea, vió la palidez y la debilidad del joven, y enlazándole más estrechamente entre sus brazos :

— ¡ Oh ! mi muy amado duque, exclamó besándole la frente en todos sentidos, como para absorber las gotas de rocío que como perlas estaban sobre aquel lirio ; ¿ qué tenéis ? ¿ estáis malo ? ¿ sufrís ?

— ¡ Oh ! no. Ya no sufro, puesto que estás aquí, Rosa, dijo el joven ; pero has tardado tanto, y te amo tanto...

— ¡ Es amarme, querida alteza, jugar así vuestra que-